

Los renterianos y la literatura en lengua vasca

Quisiera tocar en esta revista, que ya en otras ocasiones se ha ocupado de él, este aspecto de la vida de nuestro pueblo, acaso no suficientemente conocido, en particular por las nuevas generaciones. El pasado inmediato no es menos importante en la historia de una población, o de un pueblo, que su pasado remoto, sino que es, por lo general, el factor que moldea de una manera decisiva el presente, su prolongación. Podemos pecar de incuria, y muchas veces pecamos realmente, al olvidarnos de nuestros padres mientras seguimos teniendo en el recuerdo —o al menos en la boca— a nuestros antepasados lejanos.

La riqueza de un pueblo no la constituyen tan sólo sus edificios, sus factorías y la productividad material de sus habitantes; y Rentería no es solamente una población industrial con un pasado de navegantes, hombres de guerra y litigantes empedernidos; aunque estoy muy lejos de pensar, como acaso piensa alguno, que esta última ascendencia es una nota específicamente renteriana. La pasión por los pleitos interminables sobre cuestiones de límites y derechos —nacida de noble hambre y sed de justicia que ha conducido y conduce, como tantas otras nobles cualidades, a excesos lamentablemente humanos— es característica mucho más extendida.

Volviendo a lo mío, Rentería es, además, la cuna de hombres que han producido riquezas menos tangibles, pero no menos valiosas, lo cual no significa —y en este caso concreto hay pruebas abundantes en contrario— que se trate de personas poco útiles en otros órdenes de la actividad humana. Me ocupo aquí concretamente de los literatos —para emplear un término suficientemente comprensivo, aunque quizá no del todo adecuado— en lengua vasca, a los que se debe la aportación más copiosa de los renterianos a la literatura. Lo que no supone, en absoluto, el olvido de quienes han empleado el castellano como medio de expresión, como nuestro abogado-historiador Gamón —no más apasionado que sus colegas guipuzcoanos, para insistir en la alusión anterior, aunque seguramente bastante más sagaz que muchos de ellos— o, más cerca de nosotros, Bozas Urrutia.

El primero, y no sólo por razones cronológicas, es «Xenpelar»: Juan Francisco Petrirena, nacido

en 1835. Uno siente reparo, como ya he apuntado, de llamar literato —es decir, hombre de letras— a un hombre que no sé si sabía escribir, pero a quien, en todo caso, jamás se le pasó por la imaginación la idea de escribir nada, y no precisamente porque tal denominación vaya a resultar demasiado honrosa para él. Los que por vocación o por razones profesionales escribimos ocasional o habitualmente —sin poder evitar, de vez en cuando, un sentimiento de profunda satisfacción y suficiencia— difícilmente podemos confiar en que nadie «nos aprenda de memoria». La fe en el carácter perdurable de nuestra obra la ponemos más bien, si somos razonables, en el número de copias y en las propiedades del papel y de la tinta de imprenta que conservan largo tiempo muchas cosas cuya pérdida no sería tal vez demasiado lamentable. Pero lo que «Xenpelar» no escribió, lo que cantó una única vez, ha venido pasando de boca en boca, guardándose de memoria en memoria, y hasta nosotros, hombres de libros y de periódicos, no hemos podido menos de aprender así, de viva voz, algunas de sus estrofas.

«Xenpelar» es, sin lugar a dudas, uno de los grandes hombres de la historia de Rentería, un gran hombre que murió a los 34 años de edad. Una parte de su obra ha sido fijada en letras de molde por manos cariñosas, deseosas de asegurar su conservación; pero, lo que es mucho más importante, perdura aún viva en muchas mentes, cerca y lejos de su villa natal. Esta posiblemente resulte lejana, difícil de valorar, para nuestra sensibilidad callejera; pero esto —¿quién sabe?— puede muy bien no ser ninguna tacha. Poseía en sumo grado una cualidad que hoy, y creo que con razón, se tiene en el mayor aprecio: la fuerza. No se preocupaba mayormente de adornos sentimentales o imaginativos de que hoy no sabemos prescindir ni de purezas de lenguaje, para las cuales hemos desarrollado una sensibilidad tan delicada. No hablo del prosaísmo que es tradicionalmente más bien un compañero grato que un enemigo para nuestros bertsolaris. Sus versos son duros, austeros, intencionados, «zorrotzak» en una palabra. Y señalaría aquí, para el día en que nuestro bertsolari alcance el estudio que merece, una de sus cualidades sobresalientes, que cualquier aspirante a novelista

podría envidiar: la de comprender, o mejor sentir, lo esencial de cualquier condición humana y darle certera expresión en primera persona. Véanse, por ejemplo, «Mutil-zarraren bizitza», «Andre goaxoaren penak» o «Andre txarraren bentajak».

Por todo ello, como ha señalado repetidamente don Luis de Jáuregui, el día que alguien quiera escribir la historia de ese tiempo—pero la historia verdadera, la que nos interesa a los hombres corrientes la que un vasco bien conocido llamaba «intrahistoria»—encontrará en «Xenpelar» una de las mejores vías de acceso para llegar a conocer las costumbres, los modos de vivir y lo que está más abajo e importa más: la manera de sentir y pensar de nuestros padres y abuelos.

El Ayuntamiento de Rentería se ha honrado poniendo, a petición de don Luis de Jáuregui, y conservando una lápida en la casa de la calle de la Magdalena en que vivió desde su matrimonio hasta su muerte.

Al hablar de «Xenpelar» es inevitable la referencia a otro buen renteriano, de fama mucho menos extendida, pero cuyo recuerdo sigue viviendo entre nosotros: Vicente Retegui, «Musarro». No sé si realmente llegué a conocerle, pero he oído tantas veces sus versos y anécdotas que estoy convencido de que sí. «Musarro» no era un repentizador como «Xenpelar», le faltaba esa cualidad misteriosa conocida por «etorria». Todos conocen su famosa disputa rimada con «Xenpelar» en la «Fábrica grande», pero no tanto quizá el hecho de que las contestaciones de «Musarro», que uno escucha o lee a continuación de los versos de «Xenpelar», seguían a éstos con 24 horas de intervalo y eran, quizá, el resultado de una noche de insomnio. «Musarro» fué, sin embargo, si no un improvisador, sí un hombre altamente ingenioso, y entre las características poco aireadas de nuestro carácter figura—junto a nuestra tradicional afición a los toros—una muy elevada valoración del ingenio. De que lo poseía da fe su venganza en una sidrería donde no llenaban bien los vasos con aquellos versos que terminan:

*Egin duk etxe berriya
zurrupatuaz erriya;
ez, ondo bete izan barruen
sagardoaz neurriya.*

Has hecho una casa nueva
defraudando al pueblo;
no (la habrías hecho) de haber llenado
el vaso como es debido.

Un poeta de tiempos y aspiraciones muy distintas fué el P. Ramón de Rentería (José Ramón de Astibia, 1881-1916), nacido en la Fanderia, uno de los más bellos rincones de Rentería, respetado hasta ahora, gracias a Dios, por lo que llamaría, gustoso, apropiándome una expresión ajena, la barbarie industrial. Su afán de perfeccionamiento y superación ha dejado honda huella en la poesía

vasca. A los que lo han leído, y sobre todo a los que hemos oído hablar de él, nos parece casi que murió consumido prematuramente por la llama afectiva de su corazón. Y, si sus entusiasmos y congojas no lograron siempre expresión plena, de puro sentidos—la emoción poética es a veces como la sombra de una emoción, que se presenta como una extraña mezcla de verdad y ficción—, la logró de la manera más cumplida en los versos que envió a su casa desde Tudela, cuando se sentía ya próximo a las Puertas largo tiempo deseadas (*Zeruak ditu amabiate, —angeru bana guardiyan*, cantó «Xenpelar»). La vieja nostalgia, que viene al mundo con nosotros y nos acompaña hasta el último momento, el anhelo de paz, el cansancio de las luchas y contradicciones de este largo destierro. Casi se siente físicamente el impulso con que el alma, la pobre golondrina, quiere romper, por fin, y arrancar el vuelo;

*Orra, Josu on-ona,
enara garua,
ludi ontan min-gaitzez
gutziz ondatua.
Orain ega-egaka
Zuganantz dijua:
ez duzu edatuko
Zuk zure besua,
ene Josu maitia,
ene Jaungoikua?
Enara dardaiz gabe
dago sendotua,
Zu zeralakoz, Urtzi,
oso urrikaltsua.
Baño ludi zitalez
oi, zein nekatua!
Igesi duanari
ukatxu lekua?
Ideki, Jauna, atiak,
ideki leyua!*

Aquí tienes, buen Jesús, a la pobre golondrina,
destrozada por el dolor en este mundo.

Ahora va volando hacia Ti:

¿Acaso Tú, amado Jesús, Dios mío,
no extenderás tu brazo?

La golondrina se siente segura, sin temblores,
porque Tú eres la suma misericordia.

¿Qué cansada está, sin embargo, de este mundo despiadado!

¿Negarás asilo a la fugitiva?

¡Abre, Señor, las puertas! ¡Abre tu ventana!

Hay que tratar aparte a la aportación renteriana al teatro vasco, cuyos comienzos van unidos al nombre ilustre de Javier de Munibe, conde de Peñaflorida. Me refiero, sobre todo, a un gran renteriano, Ramón Illarramendi, hoy demasiado olvidado. Este industrial audaz y emprendedor, alcalde a quien tanto debe la cultura musical de Rentería, tuvo tiempo y entusiasmo para escribir abundantes obras: «Testimonio falsa», «dedicado por el autor a Gabriel Echeveste y a su bondadosa familia» (y quisiera que esta fuera la ocasión más apropiada para reconocer la profunda deuda de gratitud que tengo, junto con otros renterianos, para con el difunto don Gabriel), «Artzai Pillipe», «Josepe albaiterua», «Tomas Iñaxio Donostian»,

«Bateko urria»... No sería yo capaz de justipreciar su valor literario: al leerlas no puedo hacer otra cosa que asombrarme, con alegría, de que contemos, por modo maravilloso, con un verdadero teatro primitivo, nacido por los años de la primera Guerra Mundial, de manos de un hombre de empresa tan de su tiempo y más que de su tiempo. Y seguramente no seré el único que desearía no leerlas, sino verlas en escena, como tantas veces en el pasado. Precisamente, estos días ha desaparecido el edificio en que se dieron estas y otras obras en nuestro pueblo, cosa que yo hubiera seguido ignorando de no habérmelo dicho unos buenos amigos: la vieja Alhóndiga municipal.

Otro de los cultivadores del teatro vasco es Juan Ignacio Uranga (muerto en 1934), autor de «Aitzaren zumo gozua», premiada en 1896 en las Fiestas Vascas de Mondragón; «Azken beltza», «Galartzi- ni» y «Maitasuna det gai». Renteriano de nacimiento y de corazón, aunque llevaba muchos años viviendo en San Sebastián, muchas veces ha aparecido en esta revista su tributo poético al pueblo natal. Porque fué más poeta que autor dramático y su abundante producción poética está recogida en varias publicaciones periódicas del País. José Zubimendi le dedicó un hermoso estudio en la revista «Yakintza» poco después de su fallecimiento.

Y Enrique Elicechea (q.e.p.d.), cuya muerte, aún reciente, fué dolorosamente sentida por todos. Su obra, también copiosa, dispersa en distintas publicaciones y seguramente no en su totalidad, resulta hoy de difícil acceso. ¿No sería posible la reunión y publicación de una selección de sus versos? ¿Hay alguien que piense que haríamos demasiado con ello?

Volviendo a los bertsolaris, un nombre acaso tan notable como el de «Xenpelar», aunque por distintas razones, es el de Juan Cruz Zapirain. Traduzco al mejor conocedor de la literatura oral euskérica, don Manuel de Lecuona: «No andaba cantando de pueblo en pueblo. Su fama y renombre no se habían extendido tanto como la de ciertos otros bertsolaris. Trabajaba en silencio; en silencio componía sus versos, movido simplemente por una necesidad interior. Cuando labraba la tierra, cuando guiaba sus bueyes; muy rara vez en fondas y tabernas, y más raramente aún de pueblo en pueblo.» Su poema «Brabante'ko Jenobeba'ren bizitza», que ha alcanzado tanta difusión, consta de 163 estrofas con un total de 1.304 versos. No sabía escribir y fué su mujer quien los anotaba —no porque su memoria necesitase de esta ayuda, sino para su divulgación, como escribe Lecuona—, como también era ella quien le leía la narración en prosa de Arrúe de donde tomó la materia para sus versos. Se han publicado, también, algunas otras composiciones suyas y, por lo menos una, breve, vió la luz en las páginas de esta revista. Al morir, el 9 de marzo de 1934, dejaba acabada otra

obra larga, «Jesus'en Pasio ta Eriotza», cuyo paradero, por desgracia, no se conoce.

Juan Cruz Zapirain era hombre de inclinación más bien melancólica, con un fino sentido de la lengua. Pero siempre dió una expresión contenida a sus sentimientos, tanto ante desgracias colectivas como personales, sin el menor rastro del «impudor elegíaco» de que habló en cierta ocasión Mourlane Michelena, refiriéndose a algunos escritores vascos, o de las efusiones sentimentales de un Bilintx. Lo mejor y más representativo de su obra podría muy bien ser la sencilla narración de la muerte de su mujer. La siguiente no es acaso la peor de sus estrofas:

*Ur prexhua maiz ematen nion,
an negon aldamenian:
"Ni onla seiñek serbituko nau
miftez jartzen naizenian?"
Ala esan zidan: "Mundu ontatik
bespera zuazenian,
alabarekin aterako naiz
bidera, zatozenian;
arpegirikan ez tet gordeko
ikusten zaitudanian".*

A menudo le daba yo agua fresca,
allí me estaba a su lado:
«¿Quién me servirá a mí de esta manera
cuando me ponga enfermo?»
Me contestó así: «Cuando vayás
de éste mundo al otro,
saldré a tu encuentro,
con nuestra hija;
no te ocultaré la cara (no te desconoceré)
cuando te vea».

También fué bertsolari su hermano José, de quien el mismo Lecuona nos ha dado a conocer la elegía que compuso a la muerte de su mujer, cuando quedó viudo con nueve hijos. Y que el verso era como el lenguaje natural en la familia nos lo muestran los que compuso después un hijo de José poco antes de morir.

No necesitamos recordar a los bertsolaris que han continuado en nuestros días la tradición de «Xenpelar»: «Saiburu», excelente improvisador y excelente hombre; José María Berra, «Telleri-txiki», de cuya bondad sabemos cuantos tuvimos la suerte de conocerle, y los hermanos Juan (fallecido, como el anterior, no hace mucho) y Pedro Zabaleta. Pero también este año, Dios mediante, volveremos a leer, como en años anteriores, el día de San Agustín, los versos compuestos por Juan Zabaleta en honor del glorioso Patrón de nuestra vieja calle, mientras los agita el aire por encima de nuestras cabezas.

Hay que mencionar, en otro orden, la traducción vasca del «Amor fugitivo» de Mosco, que publicó Florencio Olaciregui (Madrid, Victoriano Suárez, sin año), sin duda en sus tiempos de estudiante. Se trataba, al parecer, de un volumen en

que se publicaron, juntas, traducciones a varias lenguas, pero no poseo otra referencia que una mención incidental hecha hace años por Odón de Apraiz.

Por fortuna, puedo terminar esta enumeración con el nombre de uno de los maestros de la poesía en lengua vasca. Don Luis de Jáuregui, varias veces mencionado, sueña ahora en Urrestilla el mismo sueño puro y bello que antes soñó en Alzo; pero esperamos verle aquí estos días, como otros años, atraído, siquiera fugazmente, por la nostalgia de estas riberas bajas manchadas de humo. Ya no lo sueña, sin embargo, en voz alta, y son muchos los que lo echan de menos. Yo le hablaría de un niño enfermo que aprendió de él, en las páginas de «Zeruko Argia»— y es una de las cosas más importantes que ha aprendido en su vida—, a reconocer claramente la «canción interior», la «canción vasca» que sentía sonar confundidamente dentro de sí. Y hay otros niños, sanos o

enfermos, hay jóvenes y personas mayores, que esperan ahora, quizá sin saberlo, su ayuda.

Estos renterianos se merecen, sin duda, algo mejor que estas líneas apresuradas y superficiales. No era yo, por otra parte, ni mucho menos, la persona más adecuada para tratar el tema. Eso correspondería, acaso mejor que a nadie, a un hombre de modestia ejemplar que vive entre nosotros, a Juan Macazaga, que ha recogido, para publicarlos, incontables frutos de la literatura vasca, oral o escrita, sin preocuparse de su humildad: al editor de los versos de «Xenpelar» (cuya segunda parte, ya preparada, se llevaron las riadas, con daño irreparable), del «Brabante'ko Jenobeba», de la revista «Bertsolariya», de «Euskal-erriko kantzarrak».

Y, para terminar, no quisiera olvidarme de advertir que esta es una lista abierta.

L. Michelena

Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa

Creada y garantizada por la Excma. Diputación

SUCURSAL EN RENTERIA

Fundada el año 1896

Calle de Viteri, 15, bajo — Teléfono 61-22

OPERACIONES PRINCIPALES:

AHORRO.—Infantil y Obrero, 3 ‰. - Libretas a Plazo: 1 año, 3 ‰; seis meses, 2,50 ‰. - Libretas a la vista, 2 ‰. Ahorro para el Deporte. - Servicio de huchas. - Libretas indistintas. - A Sociedades. - A nacidos.

CREDITOS Y PRESTAMOS.—Para comprar caseríos, 3 ‰. - Para obras de colonización. - Con garantía personal, de Valores y Libretas a Plazo, del 3 al 5,25 ‰. - Con garantía hipotecaria rústica y urbana, 4,50 y 5 ‰. - A Ayuntamientos y Corporaciones.

CUENTAS CORRIENTES Y VALORES.—Cuentas corrientes al 1 ‰. - Compra-venta, suscripción y depósito de Valores. - Abono en cuenta de cupones y dividendos. - Efectos al cobro. - Domiciliación de Letras. - Compensación bancaria.

Pensiones de Vejez. - Rentas inmediatas. - Dotes infantiles. - Seguros Sociales. - Montepío laborales. - Giro Mutuo provincial. - Intercambio de libretas entre Cajas de Ahorros. - Cuentas de contribuyentes.